



Osvaldo Lira SS.CC.

TOMISTA POR AMOR A DIOS

Vive prácticamente solo en una casa antigua y fría de la calle Cumming de Santiago. Tiene 73 años y profesó en la Congregación de los Sagrados Corazones. Aún lleva sotana, por principios y porque "el hábito no hace al monje, pero lo defiende".

Al verlo por primera vez, infunde respeto y algo de temor por su rostro adusto de profundas arrugas y espesas cejas. Los años sólo se notan en sus hombros encorvados; sus ojos negros y rotundos comunican una gran fuerza, propia de una personalidad vital y enérgica.

No recuerda cómo llegó a la Filosofía, pero le ha dedicado su vida entera. Tanto como autor y pedagogo. Enseñar ha sido siempre para él una gran satisfacción y aún hace clases de Ontología y Gnoseología en la Universidad Católica de Santiago.

Conocido por moros y cristianos, se ha conquistado una hermosa reputación de hombre que no transige. Es un fervoroso discípulo de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, y se ha especializado en los aspectos teológicos relativos al conocimiento. Lo atraen profundamente los problemas estéticos. Como tomista, considera que la belleza es un concepto trascendental, "al igual que la verdad y el bien". Postula que se hallaría enraizada en todos los seres, "aunque las apariencias digan lo contrario". "Por lo demás, ellas dicen lo contrario a los que no saben ver sino las apariencias". En su obra *El Misterio de la Poesía* realiza "el primer intento de estructurar una estética que esté ciento por ciento conforme con Santo Tomás".

INTRANSIGENCIA A TODA PRUEBA

En un mundo materializado, él blanda sus principios sin descanso:

— Soy inmune a las críticas, porque a excepción de algunas pocas, resultan muy superficiales e incomprendidas. No soy benevolente. Si es preciso ir contra la corriente, voy. Estoy siempre en calidad de franco tirador. Algunos me llaman cavernícola. Y una vez incluso, me dijeron medieval. Lo encontré estupendo. ¡Qué mejor para mí, que haber vivido en medio de las catedrales góticas, en la época de Santo Tomás y del Dante!

Reconoce que es tremendamente impulsivo, aunque ahora, con los años, está más pacífico. Confesó que ha faltado a la prudencia en muchas oportunidades ("Uno puede arrepentirse de haber ha-

blado, pero casi nunca de haber callado").

— He sido obediente, pero gruñendo. Pertenezco a la categoría del segundo hijo del Padre de Familia de que habla el Evangelio. Aquel que dijo que no iba a revisar la viña, y sin embargo fue.

Ha publicado seis libros, varios ensayos y traducciones. Entre ellos, uno llamado *Ortega en su Espíritu*. Este libro produjo polémica en Chile y España, desatando fuertes reacciones. Es una de las pocas obras que cuestionan la trascendencia filosófica de Ortega y Gasset. Respecto al cual dice:

— Me pareció que su reputación filosófica era exagerada. Le concedo categoría como escritor y aún eso... con un pequeño dejo de cursilería. Yo trato de demostrar su falta de categoría filosófica.

Encuentro que escribe a salto de mata, improvisando. No hay coherencia, esa consecuencia del pensamiento filosófico.

Al tratar el problema de la fe y de Dios, señaló:

— La Virtud de la Fe Teológica es asentir a una verdad porque Dios la ha revelado. Yo le creo a Dios porque confirmó su palabra. Si yo no conozco tantas realidades, que no he visto y de cuya existencia no se me pasaría por la mente dudar, ¿cómo no voy a creer en un testigo que ha rubricado su doctrina con su pasión, muerte y resurrección?

Sobre lo que ocurre entre él y Dios, dijo:

— Como la respuesta a esta pregunta sólo puede y debe formularse en el tribunal de la Confesión o en la dirección espiritual, no la responderé, porque pertenece a la vida privada, más aún, a la vida íntima del interesado.

Le decimos: Mencken afirmó: "No existe en la historia humana memoria de un filósofo dichoso". ¿Está de acuerdo?

— Me parece una solemne tontería, una estupidez. El filósofo es ante todo y sobre todo una persona, (...) y al igual que todas las personas, ha sido creado para la felicidad. Que no es precisamente el pasarlo bien materialmente, ni el jolgorio, ni el bienestar corporal. El filósofo que no sea dichoso, ¡que con su pan se lo coma! Hay que acabar de una vez por todas con esa concepción de algunos pedantones que creen que, para ser filósofo, hay que mostrarse envarado y ahuecar la voz. ¡No! ¡Mil veces no! En resumen, el filósofo, como toda persona, está gravemente obligado a ser feliz. Y dejémoslos de tonterías y pedanterías.

Aunque el padre Lira se ha ganado en nuestro país el prestigio de ser uno de



los hombres de cultura más universal, su sabiduría se manifiesta especialmente en la manera que tiene de no tomarse muy en serio (salvo cuando ha escrito y escribe sus ensayos, muchos de ellos con eco europeo).

— ¿Se considera, además, un filósofo?

— Nada más que en el sentido etimológico estricto de la palabra, es decir, en cuanto siento amor por la sabiduría.

Agrega que, por lo demás, es preciso considerar que el filósofo no es una persona perteneciente a cierta especie segregada de los demás hombres, sino una persona común y corriente "que está llamada a desempeñar sus funciones en conformidad con las exigencias sustantivas de la naturaleza humana, en cuanto estamos llamados a ser hijos de Dios por adopción cuasicreadora".

En forma autocrítica señala que a Santo Tomás lo ha estudiado, analizado y divulgado sólo como pensador (es decir, teólogo y filósofo), sin darle suficiente relieve a lo que él significa como santo y místico, aspectos en los cuales "es uno de los más importantes de la Iglesia Católica".

Con cierto desdén responde a la pregunta sobre su primer contacto con la vocación filosófica: "Francamente no lo recuerdo de modo exacto, ni creo que tenga este punto mayor importancia". Tampoco el aporte de los filósofos chilenos a la filosofía universal es algo que le quite el sueño. Dijo en parte de su respuesta:

— Los caracteres nacionales pueden influir tan solo en ciertos aspectos adjetivos de las ciencias y nada más. Por consiguiente, no me preocupa qué haya aportado Chile, o, más bien, los filósofos nuestros a la "filosofía latinoamericana o mundial", como se dice en la pregunta, pero que yo diría, y digo, "hispanoamericana", porque de España venimos y hablamos castellano y no latín. Respecto a la filosofía mundial, no sé qué sea la "filosofía mundial" ni me preocupa saberlo...

Reconoce deudas, sin embargo, con pensadores de distintas nacionalidades, pero especialmente de los que pertenecen al pensamiento tomista. "Podré mencionar a Etienne Gilson y a Joseph Marechal S.J. entre los de lengua francesa, y entre los españoles a Santiago Ramírez O.P., Angel González Álvarez y Antonio Millán Puelles. No son los únicos, por cierto. No conviene hacer la enumeración interminable".

Entre los hombres y materias que recorren las páginas de su obra nutrida figuran Juan Ramón Jiménez, Vázquez de Mella, el catolicismo en la pintura de Velázquez, Lope de Vega, nación y nacionalismo, el misterio de la poesía, hispanidad y mestizaje, Ortega y Gasset, ontología de la ley, ¡tantos y tantas! que revelan en él una sed tan fuerte como su carácter y un rigor que nada tiene que envidiar al de otros grandes intelectuales chilenos. □ Texto: Patricia Buxton

Fotos: Jorge Janiszewski

El Mercurio, supl. Sigo. 16-X-1977. p. 7.

Los filósofos chilenos. (Primera parte)

682-544